

¿Es el feminismo una teoría política o una ética?

Marta Monasterio

[Rebelión](#)

“...no se comprendió el verdadero significado de la emancipación. Se pensó que todo lo que se necesitaba era la independencia contra las tiranías externas; y las tiranías internas, mucho más dañinas a la vida y a sus progresos –las convenciones éticas y sociales- se las dejó estar, para que se cuidaran a sí mismas, y ahora están muy bien cuidadas”. Emma Goldman, 1917. [\[1\]](#)

Un movimiento de emancipación que cuestione los valores y la estructura de una sociedad determinada y que actúe para corregirlos o transformarlos, es un movimiento que navega, irremediamente, por aguas de lo político y de lo ético. El feminismo, como concepto, como fenómeno, como ideario, como movimiento social y político - independientemente de sus múltiples y diferentes perspectivas y estrategias- ha supuesto desde incluso antes de que fuera conceptualizado, un movimiento que se enfrentaba- y se enfrenta- al patriarcado, el sistema de dominación más antiguo de la historia de la humanidad y posiblemente, al más sutil y difícil de identificar algunos momentos. En este sentido, las mujeres que desafían al patriarcado se convierten en sujetos políticos que cuestionan las estructuras de poder y de opresión, a la vez que libran una batalla moral, o ética, porque su propia existencia plantea una crítica a los valores establecidos. La doble dimensión político-ética del feminismo también se fundamenta en los objetivos que éste persigue. A grandes rasgos, y no sin miedo de incurrir en una simplificación, podemos decir que históricamente, sus metas han sido y son, la búsqueda de la igualdad, la equidad, la emancipación, la libertad o la autonomía de las mujeres. Aproximarse a cualquiera de estos conceptos, pensarlos o encaminar esfuerzos a su ejecución, pasa por cuestionar y enfrentarse a la estructura cultural y política del patriarcado. Porque podemos diferir en métodos y objetivos de cualquiera de los muchos feminismos que se han dado y se dan en nuestras sociedades, pero lo que no podemos negarles es su valor político – traducido en la valiente denuncia de la subyugación de las mujeres y en la concreción de metas y objetivos específicos a diversos niveles- y ético, porque desafía los valores, los estereotipos y muchas de las tradiciones que justifican y legitiman esta situación de opresión de la mitad de la población humana.

Ambos conceptos deben ser vistos desde una concepción amplia y flexible de los términos. En este sentido, lo “político” no se restringe al ámbito de lo público y a las decisiones de partidos políticos, instituciones o gobiernos. La política impregna todos los aspectos de nuestras vidas, se encuadra en el marco de la acción, y las feministas hacen política día a día, en cada espacio, en cada momento, con sus ideas, sus actos y sus cuerpos. Kate Millet lo expuso brillantemente al decir que *“lo personal es político”*, máxime ahora que ya las fronteras de lo privado y público se diluyen, se mezclan y se alimentan, por lo que pensar y actuar en el espacio personal tiene implicaciones políticas a todos los niveles. “Actuar” puede ser entendido en este punto bajo el prisma filosófico con el que lo proyecta Hannah Arendt: ese momento en el que el ser humano desarrolla la actividad que le diferencia del resto de los animales, la capacidad de ser libre. *“Pero la libertad de Hannah Arendt no es mera capacidad de elección, sino capacidad para trascender lo dado y empezar algo nuevo, y el hombre sólo trasciende enteramente la naturaleza cuando actúa.”* [\[2\]](#) El punto de vista de Hannah Arendt, que